

## CLIII.

Vuela, armado llevándose un guerrero,  
Flamígero Tarcon por la llanura;  
Y tróncale la lanza, y va ligero  
Resquícios requiriendo á la armadura  
Por do llegue de muerte al prisionero.  
Mas éste rebelándose procura  
Apartar de su cuello la amenaza,  
Fuerza opone y la fuerza hostil rechaza.

## CLIV.

Como al dragon que se arrastraba en tierra  
Fiera arrebatada un águila rojiza,  
Y vuela en alto, y con los piés le aferra,  
Y las sangrientas garras encarniza;  
Llagado el monstruo se retuerce, y cierra  
Las nudíferas roscas, y se eriza  
Con rígidas escamas, y su boca  
Silba, y erguido á su opresor provoca;

## CLV.

El ave en tanto de afligir no cesa  
Con corvo pico á la hidra reluchante,  
Y el aire con las alas bate ileso:  
Arrancando con ímpetu triunfante  
Del tiburtino campo, así su presa  
El tirreno Tarcon lleva delante.  
Movidos de su ejemplo y suerte buena  
Tornan los Lidios á la ardiente arena.

## CLVI.

Arrunte, á quien por suyo el hado sella,  
Ganándola de mano, hábil espía  
Con dardo á punto á la veloz doncella,  
Y busca al golpe fiero fácil vía.  
Si furiosa enemigos atropella  
En medio de la bélica porfía,  
Él vuelve allá solícitas miradas  
Y le sigue callando las pisadas;

## CLVII.

Y si es que ella á su campo victoriosa  
Torna el paso, tras recias embestidas,  
Él entónces allá con insidiosa  
Mano convierte las ligeras bridas.  
En su manera ronda no reposa,  
Las entradas tentando y las salidas  
En largo giro, y con secreto gozo  
Blande el asta certera el cauto mozo.

## CLVIII.

En tal sazón en medio á los tropeles  
Con frías armas luce rico y fiero  
Cloro, consagrado ya á Cibele,  
En bridon espumoso caballero:  
En oro entretejidas cubren pieles,  
Emplumadas de láminas de acero,  
Su caballo; y él mismo se engalana  
Con los esmaltes de extranjera grana.

## CLIX.

Cretenses flechas lanza cuando tiende  
 El arco licio: al hombro el arco de oro  
 Tiémlale al vate, y de oro el casco esplende;  
 Su clámide amarilla, y el sonoro  
 Undívago ropaje anuda y prende  
 En áurea joya; bárbaro tesoro  
 Muslo y pierna guarnece, y de la aguja  
 La arte sutil su túnica dibuja.

## CLX.

Tras éste corre, pues, la vírgen, ora  
 Colgar quiera sus armas por trofeo  
 Al templo, ó ya vestir, de cazadora,  
 Cautivo el oro del vistoso arreo.  
 Mujeril impaciencia la devora,  
 Y en manos, ¡infeliz! de su deseo,  
 En la confusa lid con alma y ojos  
 Tras esa presa va y esos despojos.

## CLXI.

Arrunte, la ocasion llegada al dolo,  
 El dardo aparejado, oró ferviente:  
 «¡Oh tú, á quien los Hirpinos como á solo  
 Dios del Soracte protector, la frente  
 Humildes inclinamos, almo Apolo!  
 Tú en cuyo honor cien pinos luz viviente  
 En piras dan; y á cuya sombra santa  
 Ascuas hollamos con segura planta!

## CLXII.

»¡Númen de alto poder! préstame oido:  
 Matar á esa mujer, que es nuestra afrenta,  
 Concede á nuestras armas. Nada pido.  
 Del triunfo para mí: ni tengo cuenta  
 Con los despojos, ni del prez me cuido;  
 Mi nombre de otros hechos se alimenta.  
 ¡Ella caiga, ella muera! más no anhe'ó;  
 Y vuelva yo inglorioso al patrio suelo!»

## CLXIII.

Parte oyó, y á la alada ventolina  
 Parte de la plegaria Febo entrega:  
 Que con muerte el mancebo repentina  
 Postre á la vírgen arrojada y ciega,  
 A eso la oreja y voluntad inclina:  
 Que á su alta patria torne, eso le niega  
 Al suplicante, y este dulce voto  
 La borrasca le alzó, robóle el Noto.

## CLXIV.

Silba el dardo en el viento. En ese instante  
 Todos los Volscos con espanto mudo  
 Fijan de su señora en el semblante  
 Ojos y mente. Ella saber no pudo  
 De viento, silbo, ni asta amenazante,  
 ¡Ay! hasta que llegó bajo el desnudo  
 Izquierdo pecho á hincarse el hierro aleve,  
 Y la virgínea sangre entrando bebe.

## CLXV.

A recibir acuden á porfía  
 A la Reina temblando sus doncellas.  
 Con mezcla de terror y de alegría  
 Se hurta, ante todos, á la vista de ellas  
 Arrunte desalado: ya no ansía  
 Astuto perseguir ajenas huellas;  
 Sin que de más que de escapar se acuerde,  
 En medio del tumulto huye y se pierde.

## CLXVI.

Así aquel lobo que en el campo deja  
 A un gran novillo, ó al pastor, sin vida,  
 Cobarde al punto del lugar se aleja,  
 El alcance temiendo, en presta huida;  
 La conciencia del hecho audaz le aqueja;  
 Medrosa bajo el vientre recogida  
 Vuelve la cola, y sin mirar por dónde  
 En marañada selva entra y se esconde.

## CLXVII.

Entre tanto la vírgen moribunda  
 Arranca con la diestra el dardo hundido;  
 ¡En vano! entre los huesos con profunda  
 Llaga se ceba el hierro encrudecido.  
 Sombra de muerte su mirada inunda,  
 Fáltale ya la sangre y el sentido,  
 Y la color que tuvo purpurina  
 Desaparéce de su faz divina.

## CLXVIII.

Ser llegada sintió su hora postrera,  
 Y á Acca se vuelve, de su corte dama,  
 En leales afectos la primera,  
 En cuya fe su corazón derrama.  
 «¡Acca!» dice, «¡mi dulce compañera!  
 Ya se acabó de mi vivir la llama,  
 A esta llaga no esperes que resista;  
 ¡Toda es en torno oscuridad mi vista!

## CLXIX.

«Vé, y dí á Turno mi anhelo postrimero:  
 Que ocupe mi lugar, y á los Troyanos  
 De la ciudad repela.—¡Adios! ¡yo muero!»  
 Calla, y huyen las riendas de sus manos;  
 Fria ya, desmayado el cuerpo entero,  
 Sucumbe renunciando á esfuerzos vanos,  
 Y el blando cuello y la sagrada frente  
 Reposo al fin la vírgen falleciente.

## CLXX.

Al reino de las sombras con gemido  
 Huyó el alma indignada. En tal momento  
 Se alza del campo unísono alarido  
 Las estrellas á herir del firmamento.  
 Al caer la heroína, más reñido  
 Empéñase el combate. Ciento á ciento  
 Embisten á una vez con altas voces  
 Teucros, Tirrenos, Arcades veloces.

## CLXXI.

De la Diosa ministra vigilante,  
Impávida testigo de la liza  
Sentada en alto monte allá distante  
Ópis mirando está la horrenda riza.  
Mas viendo en el tropel vociferante  
La sentenciada Ninfa que agoniza,  
Su conmovido pecho no consiente  
Moderacion, y clama en voz doliente:

## CLXXII.

«¡Pobrecita de tí! porque contraste  
Hacer quisiste á la nacion troyana,  
¡Oh, en qué modo cruel tu error pagaste!  
¡Cuán cara te costó la guerra insana!  
¡En vano desde niña fiel honraste  
En solitarias grutas á Diana!  
¡En vano por las selvas dando asombro  
Nuestro arco y flechas suspendiste al hombre!

## CLXXIII.

»Consuélate; no á muerte desastrosa  
A tí tu Reina abandonar pudiera;  
De gente en gente sonarás famosa,  
Y la mancha de inulta no te espera:  
Gloria y venganza te dará la Diosa,  
Gloria y pronta venganza; ¡oh, sí! quienquiera  
Que haya sido el autor de tu desgracia,  
Yo vengo al campo á castigar su audacia!»

## CLXXIV.

La tumba de Derceno, de Laurento  
Antiguo rey, del monte al pié se empina  
En que Ópis vigilaba, monumento  
De amontonada tierra, que una encina  
Con sombra amiga cubre. En un momento  
Su vuelo gentilísimo declina  
Agil la Diosa allá, y en lo alto puesta  
A Arrunte busca con mirada presta.

## CLXXV.

Con su marcial espléndido atavío  
Marchar le ha visto, en vanagloria hinchado;  
Y «¿A dónde, á dónde vas con tal desvío?  
Revuelve,» dice; «¡aquí te llama el hado!  
Matador de Camila, yo te fio  
Que llevarás el galardón ganado;  
A tí, también á tí se ha dado en suerte  
De armas divinas recibir la muerte!»

## CLXXVI.

Y habiendo del carcaj, que de oro es hecho,  
Sacado una saeta alada, apunta  
No sin ira la Ninfa, á largo trecho  
Tendiendo el arco, hasta que comba y junta  
Entre sí los extremos ante el pecho,  
Y, ambas manos en línea igual, la punta  
Tocando está del hierro con la izquierda,  
Y el seno con la diestra y con la cuerda.

## CLXXVII.

El disparado arpon que rasga el viento  
Sintió Arrunte, y á par del estallido,  
En sus carnes el hierro entrar violento.  
No alcanzó de los suyos sino olvido,  
Que en medio de revuelto campamento  
Lanzar le dejan el postrer gemido  
Sobre el polvo ignorado. Alzando el vuelo  
Ópis veloz restituyóse al cielo.

## CLXXVIII.

De Camila la banda á triste huida  
Se entrega: ya los Rútulos turbados,  
Ya Atina, el valeroso, ha vuelto brida.  
Sin jefes, sin enseñas los soldados  
Al muro corren á buscar guarida,  
A escape, por los Teuceros acosados,  
De muerte perseguidos. No hay quien nueva  
Armas en contra ni á esperar se atreva.

## CLXXIX.

Aliento, sólo para echar, les queda,  
Al hombro el arco laxo: el suelo duro  
Baten los cascos voladores: rueda  
Del campo á la ciudad turbion oscuro.  
Las matronas la infausta polvareda  
Ven, rompiéndose el pecho, desde el muro;  
Agudo sube el femenil lamento  
Las estrellas á herir del firmamento.

## CLXXX.

Aquellos mismos que patente entrada  
Hallan, yendo adelante, no por eso  
Evitan de la turba encarnizada  
Que envuelta en el tropel los sigue, el peso.  
Tal hubo á quien alcance dió la espada  
Ya en el umbral, á do llegaba ileso,  
Y en la patria ciudad, recién llagado,  
Va á morir de su hogar en el sagrado.

## CXXXI.

Mas de la plaza al ver los guardadores  
Que amigos y enemigos junto llegan,  
Puertas danse á cerrar, y á los clamores  
No osan ceder de los que ansiosos ruegan.  
Nacieron del terror ciegos furoros:  
Estos, armas en mano, el paso niegan;  
Con las suyas abrirlo aquéllos quieren,  
Y en choque horrendo asaz matan y mueren.

## CLXXXII.

Los exclusivos, que en vano buscan senda  
(Espectáculo fiero á los llorosos  
Padres), ó urgidos de presión tremenda  
Caen despeñados en los hondos fosos,  
O contra la muralla á toda rienda  
Arrójanse á estrellarse impetuosos,  
Y los ferrados postes acomete  
La ciega masa con furor de ariete.

## CLXXXIII.

Desde el muro matronas y doncellas  
 Negras púas y recios leños tiran,  
 Si aceros faltan, y á seguir las huellas  
 De la Amazona intrépidas aspiran.  
 Puro amor de la Patria tanto en ellas  
 Hace, que sólo á defenderla miran  
 Tendiendo el cuerpo, y cada cual espera  
 Morir en el empeño la primera.

## CLXXXIV.

En este medio allá en los escondidos  
 Senos del bosque á Turno desconcierta  
 Nueva cruel que lleva á sus oídos  
 Acca en gran turbacion:—Camila, muerta:  
 Los Volscos, destrozados, destruidos:  
 Del enemigo la victoria, cierta;  
 Suyo el abandonado campamento:  
 El terror á las puertas de Laurento.

## CLXXXV.

El mancebo al instante ardiendo en ira  
 (No sin que á ello en su daño le persuada  
 La voluntad de Jove) se retira  
 Del agrio bosque y pérvida celada.  
 A tiempo que él de nuevo á sus piés mira  
 Dilatarse los llanos, la evacuada  
 Montaña Enéas penetró, la altura  
 Supera, y sale de la selva oscura.

## CLXXXVI.

Raudo uno y otro á la ciudad camina;  
 No muchos pasos entre sí distantes  
 Y en orden van. La hueste laurentina  
 Y de polvo los campos humeantes  
 Delante Enéas ve: que él se avecina  
 Turno advierte á su vez; de los infantes  
 Ha sentido el concorde movimiento  
 Y de los potros el fogoso aliento.

## CLXXXVII.

Y al combate principio allí se diera,  
 Si, á par que el hemisferio desampara,  
 No ya el rosado Febo en la onda ibera  
 Sus cansados cabellos recreara.  
 Abriendo de la noche la carrera  
 Fallece el día, y sin su lumbre clara  
 Deja á entrambos ejércitos, los cuales  
 Cercando el muro asientan sus réales.